



¿Por qué se esconde Dios?

En su lecho de muerte, Bertrand Russell fue visitado por un amigo que le preguntó: *“Has sido el ateo más famoso del mundo la mayor parte de tu vida, y ahora estás por morir. ¿Qué pasa si estabas equivocado? ¿Qué le dirías a Dios si lo encontraras? ¿No crees prudente plantear al menos la pregunta ahora, antes de que sea demasiado tarde?”* Russell replicó: *“Creo que le diría: Señor, parece que mi hipótesis ateística era errónea. ¿Le importaría responderme una pequeña preguntilla? ¿Por qué no nos proporcionó más evidencia?”*

Texto: Pablo Marini* / Ilustración: Gastón Lentini

¿Dios se esconde?

Muy buena pregunta la de Russell. Si usted fuera Dios y quisiera que todos sus hijos lo conocieran y creyeran en usted, ¿no les proporcionaría más evidencia? ¿Un milagro por día a las seis en punto, por ejemplo?

Pascal –cuenta Peter Kreeft en un libro que recomiendo vivamente (*Cristianismo para paganos modernos*, Ediciones UCALP, La Plata, 2002)– tiene una respuesta muy buena, que transforma la objeción *contra* la fe en una pista a *favor* de la fe. Esencialmente viene a decir esto: si Dios no se escondiera, no se revelaría verdaderamente; sólo mediante un esconderse parcial puede Dios revelarse al hombre en su presente estado.

¿Cómo puede ser esto? Pascal argumenta: “¿qué dicen los profetas de Jesucristo? ¿que será evidentemente Dios? NO, sino que es un Dios verdaderamente escondido, que no será reconocido, que la gente no creerá que Él es tal, que será una piedra de tropiezo con la que muchos caerán, etc.” (Pensamientos, 228).

Así, el hecho de que la divinidad de Cristo no sea evidente y obvia no es algo contrario al anuncio cristiano, sino a su favor. La profecía se cumple perfectamente.

Bien, pero siguiendo a Russell, ¿por qué no realizó más milagros?, ¿por qué no se quedó Jesús en la tierra y nos invitó a experimentar sobre Él en cualquier laboratorio?

Podemos contestar con tres motivos que se complementan entre sí:

1) Quiere darnos tiempo para arrepentirnos. Un día se *manifestará claramente*, pero entonces será demasiado tarde.

2) Quiere instaurar una verdadera relación personal con nosotros, no una mera opinión intelectual, sino una relación de fe, esperanza, caridad y confianza. Debe recordarse que Dios es un *amante*, no un *violador*, no obliga al amor. El acto de fe humano al Dios que se revela es una respuesta amorosa de nuestra inteligencia y de nuestra voluntad libre.

3) Él es a la vez amor y justicia; si se manifiesta de verdad, no puede ser sin eso. Su amor lo lleva a salvar a todos los que lo reciben, y su justicia a castigar a quienes no lo reciben. Respeta así nuestra libre elección. Priva a los condenados sólo del bien que ellos mismos no desean.

Queriendo así aparecer abiertamente a los que lo buscan con todo su corazón y escondido para quienes lo evitan con todo su corazón, ha limitado nuestro conocerle, ofreciendo signos que pueden ser vistos por los que lo buscan y no por los que no lo buscan.

“Hay suficiente luz para quienes sólo desean ver, y suficiente oscuridad para los de una disposición contraria” (Pensamientos, 149).

Si proporcionara más luz, los justos no aprenderían la humildad, porque sabrían demasiado. Si diera menos luz, los malvados no serían responsables por su maldad, porque sabrían demasiado poco.

¿Y las pruebas de la existencia de Dios?

Las pruebas más conocidas de la existencia de Dios las desarrolló Santo Tomás de Aquino, pero él las escribió para creyentes, no para no creyentes. Los buenos argumentos raras veces convencen a los ateos. Es un hecho. Pascal no está diciendo que los argumentos para probar la existencia de Dios a partir de la naturaleza son *lógicamente* débiles. Mucho menos que no prueben *metafísicamente* la existencia de Dios. Son sólidas pruebas demostrativas. Pero son *psicológicamente* débiles y, generalmente, *espiritualmente* ineficaces (nadie se arrodilla frente a la Primera Causa Incausada o frente al Primer Motor Inmóvil, sino frente a la cruz de un Dios crucificado para la salvación del mundo). No hay nada erróneo en estos argumentos, pero hay algo erróneo en nosotros. Si no queremos creer, no creemos, y, por lo tanto, no vemos a Dios en la naturaleza. Si no queremos creer que estamos asesinando a nuestro hijo o hija cuando abortamos, no lo creemos, y entonces no vemos el hecho evidente de que es un bebé, un ser humano. Los esclavistas blancos del siglo XVII y XVIII querían tratar a los negros como subhumanos, de modo que los vieron como subhumanos. El ateo y el esclavista argumentan para racionalizar lo que ven con su corazón. Éste es el modo en que habitualmente funcionan nuestros mecanismos psicológicos.

La expectativa del racionalista es que Dios sea como la luz del sol de mediodía (lo es, pero no para nosotros). La del escéptico es que sea como la tiniebla de la noche (lo es para el malvado, pero no en Sí mismo). Según la Escritura, Dios es como las sombras o nieblas del alba antes de la salida del sol (para nosotros, pero no en Sí).

Por lo tanto, el racionalista piensa que podemos hallar a Dios por la sola razón, sin el corazón, sin apasionada y amante búsqueda. El escéptico no piensa que podemos hallar a Dios mediante búsqueda alguna, de modo que renuncia. Ni el racionalista ni el escéptico, por razones opuestas, buscan a Dios; y por tanto ni uno ni otro lo encuentran.

Pero el cristiano cree (porque le fue dicho, por la palabra de Dios) dos cosas: que sólo aquellos que buscan a Dios lo encuentran, y que todos los que buscan a Dios lo encuentran. Lo primero elimina al racionalismo; lo segundo, el escepticismo.

Por supuesto que la iniciativa salvífica es de Dios, pero esa salvación requiere nuestra colaboración libre. En definitiva, Dios, el único que conoce la profundidad del corazón, sabe quién lo busca y quién no. ■

*Lic. en Filosofía. Profesor de Teología, Filosofía y Moral en la Universidad del Salvador y docente del Doctorado de Historial y Letras de la USAL.